



## Mario Benedetti, acaso...

*Mario Benedetti, perhaps...*

■ S. Prieto

■ Un colega y amigo común, a quien nunca estaré suficientemente agradecido, nos presentó en mayo de 2001. Acababa de ingresar en el hospital para reparar algunos desperfectos de su anatomía y pronto fue evidente que nos hallábamos ante un espíritu no habitual. Estaba solo, tenía 80 años largos y una mala situación general, pero atendía y entendía. Hablaba bajo, preguntaba poco y contestaba con una sorprendente precisión. Nos contó que le gustaba pasar las primaveras y veranos en Madrid para, al llegar nuestro octubre, volver a la primavera y verano de su “paisito”.

Pocas veces nos ha sido tan fácil hacer una historia clínica compleja. Aquella primera entrevista y las charlas que siguieron fueron un privilegio para quien, con pesar, escribe hoy estas líneas.

Sencillo y cercano, sabía estar y tratar a los que se le acercaban. Aguantó estoico el dolor (“uno aprende a amordazar la queja”) y de sus labios no salió un reproche ni un lamento. Inspiraba y prodigaba respeto. Las enfermeras que aplicaron los tratamientos y las auxiliares que cuidaron su maltrecho cuerpo le trataron con veneración y alguna llegó a velar su sueño. No es exagerado decir que a todas cautivó. Por entonces Visor acababa de publicar *El mundo que respiro*, quizá su mejor libro de poesía y, ya recuperado, antes del alta hubo de firmar la dedicatoria de algunas docenas de ejemplares.

Las revisiones en consulta y dos ingresos posteriores fraguaron una amistad que creció con el tiempo. No había tenido hijos. Hablaba poco de sí, pero no rehusaba hacerlo cuando el diálogo nos llevaba por esos derroteros. Escribía poesía sin parar y cuando le preguntábamos cómo podía hacerlo, una vez nos contestó:

—Usted me lo aconsejó. En parte, escribo por prescripción facultativa.

Era autodidacta. Tenía pocas necesidades y antes de que la literatura le hubiera permitido vivir con cierto desahogo, había recorrido diez trabajos y conocido más de una estrechez. Dedicaba poca atención al aliño indumentario. Sabía quién era. No entendía de dogmatismos y tenía interlocutores, no oyentes.

—Don Mario, ¿por qué cree que *La Tregua* ha tenido tanto éxito en tantos y diferentes países?

—Porque es una novela que trata de la clase media. Hay clases medias en todos los sitios...

Pocos placeres nos han sido tan gratos como las conversaciones con Benedetti. Cómo no recordar una tarde en el VIPS de Clara del Rey en que, tomando un café, empezamos hablando de la obra de amigos suyos como Cortázar y Onetti; seguimos por Cela (“era terriible”), Mújica Láinez, Gelman y Sábato (“era muy celoso. En Buenos Aires, un día que yo estaba firmando ejemplares en una librería y él me vio desde la calle, entró y se sentó en una mesa cercana a hacer lo mismo...”); pasamos por futbolistas uruguayos como Enzo Francéscoli y Hernán Crespo; nos contó cómo había actuado en una película haciendo de oficial de la Marina Alemana, y que incluso pronunciaba en ella alguna frase en la lengua de Goethe que había estudiado de niño; nos detuvimos en la admirada Marlene Dietrich y el gran Ettore Scola; y casi era de noche cuando acabábamos recordando a nuestro querido Cervantes. Aún me queda algo del largo apretón de manos en el portal de su casa al despedirnos.

Era fiel a sus principios, pero no fanático. Sencillo y cercano, poeta de lo cotidiano, ningún tema para él estaba proscrito. Sobre su obra: “A veces pienso que he escrito demasiado...” O sobre política, en que pronto quedaba claro que no soportaba a los gobiernos de EEUU.

—Don Mario, muchos médicos estamos agradecidos a la ciencia que nos llega de allí. Hemos aprendido mucho de ellos. La medicina se escribe en inglés...

—Será así, y no lo dudo si usted lo dice, pero tal vez la miseria de los pueblos no entienda de ciencia. ¿No le parece?

En 2003 todavía no se había dado cuenta, o quizá no había podido aceptarlo. Hasta que un día no pudo más: “Luz tiene olvidos”. Era difícil orientar mejor un diagnóstico con tres palabras. Su Luz, su esposa, la compañera desde la adolescencia. La mujer otrora vivaz, crítica precisa y firme aliento intramuros de su obra, tenía “olvidos”. La luz se le iba de los ojos día a día. El diagnóstico era tan evidente como triste. El viaje de vuelta a Montevideo fue precipitado y esta vez sin retorno.

Después, las llamadas telefónicas y los correos electrónicos. Siempre amable, siempre cordial e interesado por las cosas de España. No era hombre de añoranzas. Seguía escribiendo poesía y tal vez ya sólo la poesía le sostenía. En dos ocasiones esta *Revista de Humanidades* contó con su inolvidable colaboración: en noviembre de 2002, el bello relato *Echar las cartas*, cuyo manuscrito nos dio en persona y que, cómo no, conservamos; y *Cuatro poemas*, ya recibido por Internet, en mayo de 2005.

La marcha definitiva de Luz en 2006 le llegó cuando ya era muy difícil readaptar los esquemas vitales: “... a esta altura es muy poco lo que espero/ pero prosigo con tu muerte a cuestas”. Aun así dio a la imprenta otros dos libros de poesía que, como el resto de su obra, dedicó a Luz y hoy estará siendo reimpressa a toda prisa. Una obra que deliberadamente no hemos querido glosar, porque ahora que amanece en Madrid sólo cabe recordar al hombre enfermo y al amigo.

En este domingo de mayo, cuando se cumplen ocho años de su primer ingreso, las agencias de noticias han comunicado a los cuatro puntos cardinales que la pluma de Mario Benedetti ha guardado silencio definitivamente. Su biografía y su obra ocupan páginas enteras en los periódicos, y en las radios y televisiones se recitan sus versos y repiten sus entrevistas.

Pero, es sabido que la biografía de un escritor como él no acaba en su certificado de defunción. Porque cada vez que un lector abra sus libros, en él se activarán los sentimientos aún vivos o revivirán los olvidados y en cada línea volverán a resonar sus palabras.

—Una vez, en la Feria del Libro de Madrid, se me acercó un matrimonio ya maduro. Querían darme las gracias porque cuando iban a divorciarse habían leído un libro mío y al acabarlo se dieron cuenta de que aún estaban enamorados.

Tal es el privilegio de los grandes poetas.

Como remate de estas líneas y sólo como un mínimo homenaje a quien ayer doblara el último recodo, nos permitimos traer aquí dos caprichos que una recordada mañana surgieron como una broma; algo parecido al intercambio de un incruento desafío. El primero es sólo eso, un homenaje que pretende ser legible. El segundo es la transcripción de un poema, hasta ahora inédito, de Benedetti.

Descanse en paz.

## Mario Benedetti, acaso...

Mitad sereno  
mitad cansado  
navega en un mar  
ensimismado  
Usa lentes de contacto  
y en el gesto  
hay algo de pícaro  
y bigote republicano  
Lleva en el mirar dos policarpos  
y en su tintero  
late un fuego  
largamente alimentado  
Acaso machadiano  
sin saberlo  
tal vez sartriano  
sin pensarlo  
quizá picassiano  
sin quererlo  
y desde antaño inmortal  
sin esperarlo  
Es latino hasta los huesos  
y a la mujer ama  
y admira  
y ellas de devuelven  
(maestro ¿vos qué las das?)  
más que amor

*(continúa en página siguiente)*

## Hospital

(Para el Dr. Santiago Prieto)

Vienen las enfermeras/ las que saben  
mi sangre las espera como siempre  
el hospital es un hogar inmenso  
con media humanidad en los pasillos

la cirugía enciende los dolores  
y uno aprende a amordazar la queja  
lo mejor es después cuando el alivio  
nos propina su abrazo de consuelo

la noche del hospital  
tiene su gracia  
la oscuridad respira tose gime  
a veces suelta un estertor de risa  
que surge del delirio de un sufrido

la cama del hospital  
tiene su historia  
el médico conoce sus capítulos  
y se le nota alegre cuando llega  
a revelarnos que nos da de alta

M. Benedetti  
(Madrid, junio de 2002)

idolatría  
Acaso tiene más fes  
de las que piensa  
y algunas mitologías  
y utopías  
inciertamente ciertas  
dudas  
desesperanzas  
de las que todo espera  
y quizá algún credo  
de los que no se rezan  
Sabe de urentes soledades  
paraísos perdidos  
afectos que ya son huecos  
silencios  
compromisos  
desencuentros  
uno dos tres exilios  
tormentas y calmas  
y muñones escondidos  
en los recovecos del alma  
Nómada sedentario  
pronto volverá a su mar  
incierto  
ensimismado  
caminando con su Luz  
la vida  
ese retornar  
a un mínimo y fugaz  
punto de partida  
Y en su navegar  
prolífico  
sin calendario  
trazará mil poemas  
y nuevos cuentos  
que firmará al dedicarlos  
quizá algo cansado  
sencillamente:  
"Mario".

S. Prieto  
(Madrid, junio de 2002)